

PUNTOS
DE SUSCRICION.

Los mismos que
los del COMER-
CIO.

LA MODA



PRECIOS
DE SUSCRICION.

Para los suscri-
tores á EL COMER-
CIO 4 rs. al mes.
Para los no suscri-
tores 6. Para los
defuera francas 7

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATRO, COSTUMBRES Y MODAS.
SALE TODOS LOS DOMINGOS.

BIOGRAFIA DE UN TINTERO ESCRITA POR EL MISMO.

Si por tintero se entiende todo aquello que ha servido para contener tinta *ad usum*, en este caso tintero soy yo por mas que nací para otra cosa y por mas que en mejores pañales me criase. En efecto, fuí en mi origen bote de pomada de esos de vidrio rayado, y tuve por tapadera como todos mis hermanos una e-tampa muy cuesa con su señora y todo, amén de aquello de *Langier pere et fils parfumeurs à Paris* que en letras encarnadas se leía en la especie de sobrescrito con que me honraron en la fábrica al empaquetarme para viajar por el extranjero. Desembanastáronme al cabo de larga travesía en un almacén de refino, y cuando ya comenzaba á envejecer en sus vidrieras pasé, median- te pocos reales muy bien regateados, á poder de cieita niña de ojos negros, la que antes de mucho rebutió en sus rizos toda la grasa que contenia mi no muy espaciosa cavidad. Hasta aquí mi primer estado; mas así como el gusano se convierte en crisálida para tornarse despues en mariposa, así yo de bote de pomada fuí transformado en tintero sin otra previa ceremonia que el hechar sobre los res- duos grasientos de la anterior materia algunos po- cos algodones entintados de que hizo graciosa quan- to secreta donacion el almacenero de comestibles sito en la próxima esquina.

No bien así trastrocado y pasando de hecho de las artes á la literatura, siquiera por las letras que iban á salir de mí, cogíome mi linda due- ña y escondíome muy bien entre los colchones de su cama; precaucion que entonces no alcancé á adivinar, pero cuya importancia hubé de cono- cer bien pronto. En efecto, clarécaba apenas quan- do el tañido de la campana anunciando á las de- votas la primera misa hizo poner de punta á la señora mamá, y poco despues en la calle dirigiendo-

se á la iglesia y creyendo dejar á la amable niña bajo la salvaguardia de Morfeo; mas no era así; esta úni- ca hora en que una suspicaz vigilancia daba treguas á la dependencia filial se esperaba impacien- temente; sacáronme de mi escondite en el que mora- ba al par de una arrugada cuartilla de papel y de una pluma de pavo cortada con tijeras, y an- tes de poco ya aquella blanca mano habia traza- do, merced á nuestro misterioso auxilio, tres doce- nas de renglones tan apasionados como torcidos, tan llenos de amor como de chapones, tan abun- dantes de cariño como faltos de puntos y comas, en fin; tan conformes á las leyes del recato co- mo contrarios á las de la ortografía. Concluida la carta hi léronse con ella mas dobles que pañue- lo de trompetero de semana santa, y yo, en union de mi compañera la pluma de pavo, volví á mis col- chones donde estuve hasta otro dia en que remoja- dos mis algodones con un poco de agua de la tina- ja, tuvo lugar la segunda edicion de los chapones y de los taquigráficos garabatos de mi ama, los que eran tales que estoy cierto de que el galán debia de quedarse á buenas noches aun suponiendole muy versado en la inteligencia de la letra concilleresca.

Duré así en este empleo por espacio de algu- nos meses. La vieja continuaba en abierta pugna contra el yerno en infusion (como sucede casi siem- pre) y la niña, quizá por esto mismo, seguia erre que erre en su propósito. Fué al cabo necesaria la intervencion de la vicaría, salsa exquisita de una boda, y la ex-doncella abandonó la matutina litera- tura epistolar para entregarse á otros cuidados do- mésticos en los que la ortografía no es por cierto de primera necesidad; por manera que resultando yo inútil en la casa hice parte de cierto tneque de trastos por loza de Sevilla, yendo mi individuo incluso en algunas baratijas que se exigieron de plus en el cambio de un orinal. Mi nuevo dueño me hi- zo comparecer en la esposicion pública de la plaza de Isabel II, y por este medio logé comprador que me rehabilitó en todo el egercicio de mis funciones.

Era este nuevo interlocutor tal como ya se

puede presumir vista la exigüidad de la compra. Viajero pedestre y primo hermano de Diógenes en cuanto á la brillantez del equipage llevaba andadas un pie tras otro parte y media del mundo por lo menos buscando impresiones á lo Dumas, si bien las suyas eran harto mas vivas puesto que las recibia ademas del sol y del agua. Pluma en ristre y armado de su tintero, anotábalo todo allá á su manera y Dios sabe con que exactitud, prometiendo imprimir de vuelta á su pais (pues no parecia de este) sus curiosas investigaciones acerca de los usos, costumbres, ciencias, artes y literatura de las regiones que visitaba, sin olvidar por supuesto los mas minuciosos pormenores de localidad. Así esperaba ganar provecho y hasta honra, ni mas ni menos que las han ganado otros escribiendo de estas cosas, por cierto con no mayor criterio ni mas profunda instruccion.

Por razones económicas de gran peso para mi nuevo amo tomé este pasage para Sevilla en un barco catalan que iba allí á cargar de trigo, y en los dos dias y medio que duró la travesía no tuvo un punto ociosa su péñola desbarrando á su talento acerca de cuanto veia ó creia ver por lo menos. «La comunicacion entre estas dos importantes ciudades de la antigua Bética (escribia en su *memorandum*) se encuentra en un atraso deplorable, como todo lo que pertenece á la España. Solo existian algunos malos y viejos vapores, deshechos del estrangero, cuya celeridad no es mayor que la de nuestros peores barcos de vela, y que por el mal estado de sus máquinas ocasionan cada dia terribles sustos á sus pocos pasajeros cuando no desgracias lamentables. Por esta razon la mayor parte de ellos se ven obligados á hacer la travesía en los antiguos barcos de la carrera, siendo como es muy peligroso el atravesar por tierra los bosques de Lebrija conocidos con el nombre de *marismas*, perpetuamente infestados de bandidos á los que nadie persigue ni molesta.»

No proseguiré con citaciones de esta misma especie porque quien no está acostumbrado á leer esto mismo en obras autorizadas con nombres que gozan crédito sin saber por qué? En las llanuras de la Mancha escribia mi amo que el calor era insuportable, como si el que camina con el peso del sol de Julio pudiera dejar de tener calor en cualquier pais. Solo observé que alababa de España el vino y las naranjas chinas; aquel porque es objeto de predileccion aristocrática y estas porque los estrangeros que quieren poetizar á esta nacion suelen hablar mucho de sus bosques de naranjos como circunstancia muy local en su entender y hasta un si es no es moruna. En fin, de trocha en trocha, de cerro en cerro, de cortijo en cortijo y de ciudad en ciudad llegamos á la imperial y coronada villa de Madrid, habiendo todo este tiempo vivido mi amo sobre el pais, y ora con pretexto de naufrago que acababa de perder su equipage y su pacotilla con el bergan-

tin estrellado en la costa, ora suponiéndose viajero á la ligera que habia sido robado en la anterior jornada, y ora en fin con otros cuentos de igual estufa en todas partes hallaba la mesa puesta y excelente voluntad. Al llegar á Madrid comenzó á desencadenarse en sus notas contra el mal servicio de las fondas, no obstante que cuando mas solo llegó á comer en figon, circunstancia que traigo á colada porque ella fué el triste origen de mi lastimosa catástrofe.

En efecto, mi amo, que de suyo no era nada comedido, acertó un dia á entablar de sobremesa en cierta casa de aquellas reñida cuestion con uno de los comensales acerca de la literatura dramática. Citábale el de acá á Calderon y á Comella y replicábale el de allá con Victor Hugo y Bouchardy, mostrando uno y otro iguales conocimientos á los que ostentaba Pascual en *Los dos preceptores* relativamente á Juan Jacobo Rousseau. Agriéronse en palabras, de aqui pasaron á las obras, el caldeoniano arrojó á las naúces del *huguista* los residuos de una ensalada de pepinos, y el otro á su vez, para responder al reto, echóse mano á las faltriqueras en busca de algo arrojadizo. Yo fui la víctima. Volé á la mollera de aquel hombre, impellido por todo el furor literario de mi amo, pero di con materia mas dura que la mia y quedé mutilado para *in sæcula sæculorum, amen*.

En el doloroso estado adonde quiso la suerte llevarme no hago mas que repetir cada hora aquellos sabidos versos del antiguo romance de don Rodrigo:

Ya me comen, ya me comen

Por do mas pecado habia.

Pequé por las letras y por las letras caí. Sirva pues mi ejemplo de leccion para todos los tinteros intrusos, y aprendan en mi desgracia que si los hados trocaron en plumas mi pomada de jazmin quisieron tambien que estas plumas me sirviesen para volar á la cabeza agena en vez de llevarme á la inmortalidad. Vosotros todos, botes de *Laugier pere et fils*, miraos en el espejo de mis desventuras. *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus*.

Hasta aqui la biografía que por una casualidad ha llegado á nuestras manos entre otros papeles rotos, y que á falta de cosa de mas solaz tenemos el honor de presentar á nuestros indulgentes lectores.

F. F. A.

EL ESTRABISMO.

I.

Una mañana del verano de 1842, que anunciaba un dia magnifico pero que tenia esa frescura penetrante que resulta de la proximidad de las costas, un hom-

bre de cuarenta y cinco á cincuenta años se paseaba lentamente en el muelle del Havre, deteniéndose de cuando en cuando y dirigiendo frecuentemente un anteojo hácia los pequeños puntos blancos que brillaban en el horizonte bajo los reflejos del sol. Caminaba pausadamente, se volvía é iba por la vigésima vez, á dirigir su anteojo hácia las costas de Honfleur, cuando fué arrancado de su contemplacion por una voz que le hizo volver la cabeza, y cerrar su anteojo al mismo tiempo.

—Buenos dias, doctor; os hallo como siempre á estas horas dando vuestro paseo matutino antes de almorzar. Vos mismo poneis en práctica lo que recetáis á los demas; á lo menos, he aqui la moral en accion, y una moral muy provechosa, porque ese airucillo fresco que corre inspira un apetito voraz, y el primer goce que Dios ha concedido al hombre es el de comer bien.

—Despues del amor, respondió el paseante lanzando una mirada irónica al recién venido.

Era el doctor Servy, uno de los médicos de Paris mas á la moda; el cual se habia dejado arrastrar al Havre por su amigo el conde de Arissy que llegó á aquella ciudad con la intencion de pasar con su hija algunos meses en Frascati.

El doctor se habia hecho acompañar de su hijo, jóven rubio, facil de impresionarse como un alemán, pero de un carácter ardiente y exaltado bajo un aspecto reservado y tímido. Carlos, que tal era su nombre, criado con la hija del conde Arissy vió crecer y llegar á la pubertad á Clara con el orgullo que experimentamos por todo lo que nos interesa. Amáronse largo tiempo como hermanos, y despues esta ternura lejos de debilitarse, se aumentó progresivamente; fué la transicion de la amistad al amor. Clara no amaba á persona alguna tanto como á su amigo de infancia; empero habia en este cariño la plácida tranquilidad de una afeccion que ha llegado á su madurez y que aparece serena en la superficie por lo mismo que es inmutable y profunda. El jóven Servy parecia participar tambien de aquella tranquilidad de alma, así es que Mr. de Arissy se engañó y la tomó por amistad fraternal. Carlos sin embargo tenia grandes motivos de inquietud: su padre poseia una brillante fortuna y el conde no era rico, pero este último por mas amigo que fuese de Servy, no consentiria sin repugnancia en otorgar la mano de su hija á un hombre que no le trajese un título de nobleza en casamiento. Por otro lado sus temores eran demasiado crueles para que fijase su atencion en ellos; á veinte años hay mas lugar en el corazon para la esperanza que para el desaliento, y no se vé el porvenir sino por el lado bueno. En cuanto al doctor, si conocia ó no los sentimientos de su hijo es lo que no se puede afirmar; el último no le habia dicho palabra alguna acerca de sus proyectos, y el médico no habia tratado tampoco de sondear sus pensamientos.

La primera persona que Carlos encontró al llegar á Frascati fué al marques de Nervál, que habia conocido en el colejo de Henrique-cuarto, y con el cual no necesitó sino algunos minutos para volver á trabar amistad. Fulgencio de Nervál era un *leon de boulevard*, italiano, muy rico, muy fatuo, é hijo único, lo que habia de el un jóven completo. Rogó á su amigo lo presentase á Mr. de Arissy y á su hija, y aquel lo hizo con un candor digno de la edad de oro. Un negocio improvisado que reclamaba un viaje á Paris, se ofreció repen-

tinamente al doctor, Mr. de Servy no halló otro medio que el de enviar su hijo á Paris en lugar suyo, decision que en el fondo no era muy del gusto de Carlos, pero contra la cual no podia declararse. El jóven partió pues y comunicó á su amigo sus proyectos para el porvenir y su amor hácia Clara. Se creó tal vez que Mr. de Nervál conmovido por esta prueba de confianza, en caso de que hubiese fijado sus ojos en Mlle. de Arissy, se apresuraria á abandonar un designio desde entonces imposible? Eso seria conocer muy poco el corazon humano; Fulgencio enamorado desde la primera vista de Clara, sintió redoblar, cuadruplicar su amor cuando supo que tenia un rival: tanto que un hermoso dia ahogando todo remordimiento y no pensando sino en la felicidad de ser el esposo de la señorita de Arissy, dirigió una peticion en forma á su padre, el cual no le hizo esperar mucho tiempo, Mr. de Nervál tenia veinte y seis años y mas de dos mil libras de renta; el conde prestó su consentimiento sin siquiera consultar á su hija, y desde entonces Nervál fué recibido en casa de Mr. de Arissy como un antiguo amigo cuyos títulos se adivinaban.

El doctor veia todo lo que pasaba con una indiferencia que indicaba al parecer la ignorancia en que estaba de los proyectos de su hijo. Hasta parecia haber cobrado cariño al jóven marques, y gustaba de charcarearse con él. Volvamos ahora al dialogo de nuestros dos interlocutores.

—Teneis razon, replicó Fulgencio, uno debe poner el amor por encima de todos los bienes de este mundo, sobre todo cuando el objeto que lo cause reúne todos los encantos posibles! No es verdad que es hermosísima, doctor?

—Quién?

—Qué pregunta! quién habia de ser sino Clara?

—Sí, sí; no es fea, no es fea.

—Oh! es preciso ser médico para espresarse con tanta frialdad! entonces, no poseeis la partícula mas leve de poesía, doctor?

—No, á lo que yo sepa; pero vamos á vuestros amores; seriamente estais tan enamorado como dreis?

—Mil veces mas aun; y qué tiene esto de sorprendente? Se diria que no conoceis á la señorita de Arissy? la habeis mirado alguna vez, doctor?

—Qué cosas teneis, amigo mio, á su llegada al mundo yo fui el primero que la di la bienvenida, me parece que nadie debe conocerla como yo.

—Y bien! eso mismo es lo que os engaña; mayor razon para no conocerla.

—He ahí cómo son los jóvenes! creen ver mejor porque sus miradas son como vidrios ópticos que lo aumentan todo... ciertamente Clara es muy linda, muy graciosa, pero.....

—Pero entonces no habeis reparado en su tersa frente.

—Vaya que sí.

—En su boca tan fresca y tan encantadora?.....

—Oh! que sí.

—En su mano?

—Tambien.

—En sus cabellos tan abundantes y sedosos?

—Sí, sí.

—Y en sus ojos? en sus ojos qué....

—Ah! en llegando á esto os detengo, exclamó el doctor.

—Qué decis?

- Que os detengo.
—Cómo! no son muy hermosos sus ojos?
—Hermosos? no os parece que?.....

—Qué?
—A la verdad eso ya no existe, continuó M. de Servy en forma de *aparte*.

—Qué es lo que ya no existe? preguntó el marques.

—Sus ojos.

—Sus ojos! estais loco doctor?

—Nada de eso.

—Acordaos que habeis dicho que sus ojos no existían.

—Me expliqué mal; queria decir que el estado en que se hallaban hace algun tiempo no es ya el mismo.

—Ah!... me parece que siempre han debido ser los mas hermosos del mundo.

—Sin duda, sin duda; pero tomad dos notas de música y hacelas cantar separadamente, esta por Duprez, aquella por Rubini, las dos notas serán de una puroza maravillosa, y sin embargo puede ser que estos dos sonidos juntos produzcan una disonancia muy desagradable. Los ojos de la pobre Clara han tenido durante largo tiempo el mismo inconveniente.

—Explicaos.

—Ahora bien puedo cometer una indiscrecion, porque el mal se ha reparado, Mlle. de Arissy era vizca.

—Vamos! os estais burlando de mí; ella vizca! es imposible?

—Ocho meses hace que lo era aun.

—Cómo? de veras?

—El milagro viene del estrabismo, queridó amigo; ¡que admirable invencion! lo que es la voluntad del hombre! se descomponen las deformidades y el arte repara hasta los errores mas tristes de la naturaleza; despues de todo esto, negad que Moliere no es un tuno! Ahora respondedme francamente, se diria que Mlle. de Arissy ha tenido los ojos torcidos?

—Nada de eso... tartamudeó Fulgencio á quien esta revelacion dejó atónito.

—Y sin embargo, añadió el doctor, me parece á veces que aquellos ojos tan puros en el dia tienen cierta inclinacion vaga hacia el triste estravio que desfiguraba aquel lindo rostro, pero conozeo que no es mas que un juego de mi imaginacion. ¿Habeis hecho la misma observacion que yo, Mr. de Nevál?

—Y cómo hubiera yo podido hacerla? replicó este con cierta impaciencia, era necesario para eso que yo estuviese informado de esa imperfeccion que ya no existe.

—No puedo menos de confesaros que un cambio tan repentino me ha desorientado enteramente: no puedo acostumbrarme á semejante metamorfosis; para mí, Clara no es ya la misma muger, ó mejor dicho es siempre la misma, porque no la veo sino como en otro tiempo, y por mas derechos que estén sus hermosos ojos, los veo muy de otro modo..... esto explica tal vez porque Clara con toda su belleza, no me parece hermosa... Pero en cuanto á vos, ya es muy diferente, Mr. de Nevál; la veis como e- realmente, y confieso mi injusticia para con esa querida niña, que ademas no necesita ser bonita para contar con un verdadero afecto.

El marqués parecia estar algo incómodo, despidióse bastante bruscamente de Mr. de Servy que le gritó con estentórea voz.

—No os alejéis demasiado, Mr. de Nevál; es la hora de almorzar y por mi parte tengo una hambre in-

fernal. No hay como un paseito por el muelle para abrir el apetito.

Mas Fulgencio no estaba ya al alcance de la voz del médico, el cual se contentó con encogerse de hombros al verle desaparecer.

(Se continuara)

NOTICIAS.

VALLADOLID 12 de Noviembre.

(De nuestro corresponsal)

Anoché se ejecutó en el teatro el drama titulado *El Aventurero*, original de don Antonio Carrion Avedaño. El público le aplaudió bastante, y esperamos que su autor no dejará de dar á la escena nuevas muestras de su aplicacion y talento. La compañía filarmónica ha puesto en escena la ópera *Lucrecia Borgia*.

BARCELONA 10.

En el teatro de Santa Cruz de esta ciudad se ha ejecutado el *Brabo*, drama que aunque de género prohibido hoy en aquel recinto donde mora el clasicismo, no deja de agradar y de ser aplaudido. La señora Palma y el señor Alcaraz desempeñaron muy bien sus respectivos papeles, por lo cual fueron muy aplaudidos.

MADRID 15.

Por fin llegaron á esta córte los célebres Uller y Duranill, primeros bajos de la compañía lírica del teatro de la Cruz.

En distintos teatros de Paris se ensayan las comedias, *Los tres pecados del Diablo*, y *Los tres castillos del Diablo*. Ultimamente se ha estrenado con aceptación, en el teatro de *Delassments*, el drama en tres actos titulado *Paris diabólico*. Por lo visto se halla en el dia muy de moda el número 3 y el *Diablo* entre los dramaturgos franceses.

IDEM 18.

El martes último se puso en escena por primera vez en el teatro del Circo el baile la *Pery*, el cual no correspondió á lo que el público esperaba. Una prueba de ello tuvimos en lo poco que se aplaudió á la *Guy-Stephan* que goza aquí grandes simpatías.

—La empresa del teatro del Circo ha contratado á la señora Rosa Caccia, prima donna, y al señor Salvatory que se espera lleguen dentro de breves dias.

—En algunos teatros extranjeros se están representando tragedias y comedias del antiguo teatro griego, así como varios dramas de argumento español. Es notable esta nueva tendencia que se observa en la literatura europea.

EPIGRAMA.

Vuestro reloj va muy mal,
Dijo Florinda á Leon,
Y él le contestó formal;
¿Qué queréis? va puntual
Con vuestro fiel corazon.

A. C.

CADIZ: 1844. Imprenta de don Manuel José de Uclés, calle del Vestuario, numero 97.